

atraen, y mi instinto sería decir que Machado vivió una vida bastante modélica, dadas sus limitaciones de clase y sus enfermedades. No pidan a un epiléptico que lidere manifestaciones abolicionistas, por ejemplo. ¿Quién va a tirar la primera piedra en el caso de la cara de la Imprenta Académica? Machado fue un funcionario público realmente ejemplar, que yo sepa. Un amigo historiador, Sidney Chalhoub, está investigando su actuación en el Ministerio de Agricultura, en esa época. Se sabe que luchó siempre en el sentido de ampliar el ámbito de la ley de Vientre Libre, por ejemplo.

Pero entiendo que esa pregunta se dirige no tanto al hombre como al escritor, y es en la obra donde las cosas se complican; en gran parte, a causa de su disimulo (de nuevo), de la ironía (de nuevo también), que sabemos tan centrales en casi todas sus obras mayores. ¿Será Machado como dos personajes suyos, en el cuento «Médico y remedio», que «entraron por una tal selva de estilo que se perdieron completamente»? Yo diría, por el contrario, que Machado siempre mantuvo un control sobre sus ambigüedades y nunca dejó de pensar el pasado y el futuro de Brasil, hasta en la última novela, *Memorial de Aires*. Allí, su narrador, el consejero Aires, queda encima de un muro, o por lo menos indiferente, por ejemplo en relación a la Abolición. Pero, justamente, si no me equivoco, el consejero tiene sus limitaciones y su ingenuidad. Lo sofisticado e irónico es, a su vez, ironizado.

Pero no lo justifiquemos todo. Una lectura reciente me hizo, creo, reconocer que en un asunto Machado «traicionó», sí, de modo menos comprensible. Marlyse Meyer, en su libro *As mil faces de un herói-canalha e outros ensaios*, cita una crónica, de «Balas de estalo», de 7 de noviembre de 1883, me parece, en la que Machado ironiza sobre unas fiestas del Reinado de Nossa Senhora do Rosário dos Pretos mofándose de los títulos de sus dignatarios. El asunto es raza, color de piel, cosa que le toca de cerca. Normalmente, él omite ese asunto, finge que no ve, o como máximo alude de pasada. Aquí, parece que apenas deslizó una rosa fácil e impiadosa.

—Además de esta antología, ¿es cierto que usted está preparando otro ensayo sobre la poesía de Machado?

—El ensayo ha sido publicado ahora en un volumen de poesías traducidas por Machado, por iniciativa de Cristina Carletti, que fue quien me invitó a escribir un prefacio. Vale la pena comentar el libro, *Machado de Assis e confrades de versos*, que contiene algunas novedades. Por primera vez se publican, con los originales, todos los poemas que sabemos que Machado tradujo, directamente de un original, sea francés, inglés o italiano. Se ven juntas, por primera vez, la versión que hizo Machado de un poema erudito

y gracioso de Louis Bouilhet, gran amigo de Flaubert y buen poeta, aunque menor, al lado del original. Otro es la «Canción del rostro blanco», poema en verso de Machado, extraído de la prosa de Chateaubriand, especie de versión sórdida del indianismo romántico, y su original en prosa. Hay, además, poemas de Lamartine, de Musset, de Shakespeare, Poe, Dante, La Fontaine...

Al ver detalladamente ese «aspecto menor» de la obra machadiana, fui observando algo curioso, que es el asunto básico del prefacio al libro: noté que Machado traduce mejor, y hasta escoge, preferentemente, poemas con una cualidad que podríamos llamar grotesca. Es el caso de Bouilhet, de La Fontaine, de Poe, incluso en el canto del «Inferno» que elige, que es uno de los menos conocidos y más horripilantes. Son las afinidades electivas del escritor de genio, esencialmente satírico, otra faceta de una tendencia que también existe en las grandes obras, como por ejemplo en el episodio de Eugenia, tan bien analizado por Roberto Schwarz.

Traducción: *J. M.*



Francisco Batet: *El Coyote* (1981)



Enrique Breccia y Carlos Trillo: *Alvar Mayor* (1977)